

LA OTRA RAYA DEL TIGRE O LOS SÍMBOLOS DEL PODER

Gloria Inés Escobar T.

SÍNTESIS

Lectura de la obra La Otra Raya del Tigre, del escritor colombiano Pedro Gómez Valderrama, desde una perspectiva simbólica, bajo la luz de las lecciones que sobre el poder, Nicolás Maquiavelo dedicó a su príncipe, Lorenzo de Médicis.

Descriptor: *Hermenéutica literaria; símbolos del poder en literatura*

ABSTRACT

Reading on La Otra Raya del Tigre, written by the colombian writer Pedro Gómez Valderrama, from a symbolic perspective, under the light of the power lessons given by Nicolás Maquiavelo to his prince, Lorenzo de Medici.

Descriptors: *Literary Hermeneutics; Power symbols in literature*

Desde siempre, el poder ha ejercido una seducción enorme sobre el hombre en todas las culturas, en todos los tiempos y en todos los órdenes. Alrededor de él se han tejido innumerables mitos que no sólo han tratado de asignarle carácter divino y por ende, inobjetable, sino de justificarlo desde un punto de vista racional. Asimismo, opresores y oprimidos han creado toda suerte de ideas, juicios, creencias y, esencialmente, de representaciones sobre él, para sustentarlo, los primeros, y para soportarlo, los segundos.

Ahora bien, en términos generales puede afirmarse que las representaciones que el hombre hace del mundo pueden ser de dos ti-

pos: directas e indirectas, y son precisamente estas últimas las que dieron origen entre otros, a los símbolos.

Los símbolos, y en general toda representación del mundo, es en primera instancia, una forma de hacer inteligible aquello que para los seres humanos no lo es¹; toda representación simbólica es como ya lo dijo Gilbert Durand, *la epifanía de un misterio* (Garagalza, 1990, 51), es un salto al vacío, en otras palabras, es hacer visible lo invisible, o como Kart G. Jung lo advirtiera, *una palabra o una imagen es simbólica cuando representa algo más que su significado inmediato y obvio* (Jung, 1996, 20). Resumiendo, puede decirse que todo símbolo



1 “... ni siquiera –dice Cassirer– el hombre no civilizado puede vivir en un mundo sin un constante esfuerzo por comprenderlo” .

se caracteriza por tener un significado más allá del evidente, un significado que está oculto y que exige ser develado².

Al respecto podría objetarse que en nuestra cultura, para hablar sólo de ella, existen numerosos símbolos que tienen un significado convencionalizado y por lo tanto, no remiten a uno oculto, símbolos con un significado conocido y único; sin embargo, esta clase de símbolos que Peirce denomina *íconos lógicos*, se distinguen precisamente por no compartir el carácter oscuro e inefable de los primeros, sino que por el contrario forman una categoría aparte de símbolos de los que aquí no nos ocuparemos.

También resulta conveniente advertir que muchos de los símbolos cuyo significado hoy nos resulta evidente, restringido y claro, tuvieron en su origen una significación amplia y rica, que o bien, se ha extraviado en el sinuoso, largo y lento camino que ha recorrido desde su nacimiento hasta nuestros días, o simplemente ha sido olvidado.

Pues bien, es desde esta perspectiva, la del significado profundo y amplio del símbolo, que *La Otra Raya del Tigre*, novela del escritor colom-

biano Pedro Gómez Valderrama, ofrece una interesante lectura, o por lo menos atractiva para nosotros, en la medida en que la historia permite entrever la esencia de una de las representaciones más fascinantes de la humanidad: el poder.

La historia de su personaje central, Geo von Lengerke, posee un alto grado de simbolismo tanto desde su estructura narrativa (intercalamiento sorpresivo de narradores, transtemporalidad y espacialidad del relato, mezcla documental y ficcional) como desde la historia misma. En este breve escrito sólo abordaremos de manera sucinta algunos de los símbolos que de manera libre asociamos con la representación del poder. Sería, por demás, bastante interesante realizar un ejercicio más completo en este sentido bajo las crudas pero reales luces que desde *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo se ofrece sobre el poder. Dejamos insinuado aquí de paso, que encontramos bastantes similitudes entre esta obra y *La Otra Raya del Tigre*, a tal punto, que nos atrevemos a dejar esbozadas, incipientemente, dos hipótesis acercad de ello: la primera, que Gómez Valderrama efectivamente escribió su obra bajo el influjo consciente de *El Príncipe*, o sino lo fue, *La Otra Raya del Tigre*

2 Goethe dice que “el simbolismo transforma la experiencia en idea y la idea en imagen, de manera que la idea contenida en la imagen permanezca siempre infinitamente activa e inalcanzable y, como expresada en todas las lenguas, permanezca inexpresable”.



es entonces una confirmación más de la universalidad de la teoría del poder desarrollada por Maquiavelo, segunda hipótesis.

Entremos en materia. La historia de Geo von Lengerke, desde su llegada a tierras colombianas en su huida de Alemania, hasta su muerte en el vasto imperio que construyó en el Estado Soberano de Santander, va a ser estructurada en cuatro etapas, así:

1. La conquista
 - La seducción
 - La fuerza
2. La consolidación
 - Las Alianzas
 - Los caminos
3. La expansión
 - El imperio
 - La riqueza
4. La decadencia

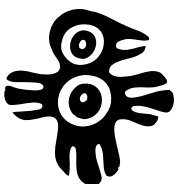
1. *La Conquista*

Infelizmente bien sabemos los seres humanos que la conquista, como acto de posesión, presenta por lo menos dos formas extremas, la seducción y la fuerza, ambas maneras, aborrecibles para nosotros, aunque al parecer válidas en todos los órdenes. Geo von Lengerke utiliza ambas maneras para realizar lo que hemos llamado “su con-

quista”, la posesión y construcción de lo que más tarde llamaría su imperio en tierras de Santander.

- *La seducción*

La figura de Lengerke aparece desde el comienzo velada por el misterio y la fascinación que ejerce su presencia física, en la cual destaca más que el color de sus ojos, llamativo de por sí en una región de indígenas y mestizos, el rojo de su cabello. Rojo que destaca por su singularidad aún en tierra europea pero que además carga una fuerte connotación diabólica y seductora. El diablo, el pecado, lo prohibido tienen el color del fuego, el color rojo de la pasión que arrastra irracionalmente hacia un mundo desenfrenado de lujuria y placer. Visión que además se ve reforzada en el carácter libidinoso y libertino del personaje, quien además de gozar decidida y desinhibidamente del sexo, procura la primera casa de lenocinio de Bucaramanga y crea literalmente, un pueblo de prostitutas para el solaz de los peones que construían el fatigoso camino hacia el Magdalena. También su esmero por destacar el estilo europeo en su vestimenta y en su ambiente, hace de este personaje un ser codiciado, atractivo y extraordinario. Geo es consciente de la fascinación que en los nativos ejerce todo lo extranjero, todo lo que viene del primer mundo y saca provecho de ello en la medida



que lo utiliza para inspirar distanciamiento y deferencia pero sobre todo seducción, la seducción que ejerce el *fantasma que llega de otro mundo* (p. 55).

De otro lado, el misterio que rodea al personaje, el desconocimiento de su pasado y de su presencia en estas tierras ajenas a su cultura, hacen que indefectiblemente se vaya tejiendo a su alrededor una serie de especulaciones acerca de las razones que lo trajeron a un sitio tan distante del suyo. Esto permite que el mito Lengerke cobre vida y crezca, lo cual es alimentado, de nuevo, por el propio personaje quien con su silencio fortalece la leyenda de *un hombre misterioso, venido de lejos, con un pasado enigmático cuyo velo jamás va a descorrerse* (p. 69-70). La seducción, ejercida en este caso por el misterio y el extrañamiento, se convierte pues en un rasgo permanente y efectivo del poder que irá luego consolidando.

Asimismo, lo inaccesible siempre ha ejercido asombro y fascinación sobre los seres humanos. Tal vez en el fondo esta fascinación tenga sus fuentes en el placer que deriva el desafío personal de obtener aquello que se desea y que parece inalcanzable. Es así como una de las vías más rápidas para ejercer una atracción irresistible es precisamente eri-

girse como objeto imposible. Lengerke fue inalcanzable siempre, su pasión por las mujeres siempre fue pasajera y es bastante revelador que la única mujer que no se le entregó y que él, a su vez, no tomó, la única codiciada por él, resultara siendo la esposa de quien al final haría parte del bando que logró iniciar el ocaso de su imperio. La lección que queda de esto ya la había previsto Maquiavelo³: Cuando ni la seducción ni la fuerza logran la conquista y a pesar de ello no se ensaya otra estrategia, se corre el peligro de dejar una veta por donde encontrar posteriormente, la ruina.

- *La fuerza*

Aunque Geo fue un hombre bastante humano, generoso y de buen trato, como buen “Príncipe” que también fue, es decir, como sabedor de que el poder se gana o se toma, no tuvo reparo en ejercer toda su fuerza cuando lo consideró necesario para conseguir sus propósitos. En la guerra como en los negocios, como en las conquistas no se entra en miramientos morales, aquí es donde verdaderamente el fin justifica los medios, por ello hubo matanza de indígenas y muerte de muchos peones, robo de sus tierras, componendas y engaños para lograr culminar el camino que

3 El deseo de adquirir es, verdaderamente una cosa corriente y muy natural; y los hombres que adquieren, cuando pueden hacerlo, serán alabados y nunca vituperados por ello; pero cuando no pueden ni quieren hacer su adquisición, como conviene, en esto consiste el error y motivo de vituperio.



serviría a los intereses de Lengerke. Ya en otros terrenos, en otros negocios y en otros términos, la fuerza también fue necesaria para defender la quina que iba a ser confiscada en Montebello por el juez a órdenes del general Fortunato. El rompimiento de los documentos oficiales, la mirada acerada de Geo, los dos revólveres que pendían siempre de su cinturón, los hombres apostados en cada una de las casas que rodeaban a Montebello y finalmente, la mano del alemán indicando la salida al grupo del general, se constituyen en alusiones claras de una declaración de guerra.

Por otra parte, el obús de sedán instalado en Montebello resulta bastante significativo en la medida que, como símbolo del poder del imperio alemán sobre el francés, se convierte en estas tierras en primer lugar, en representación de la victoria del personaje sobre la topografía selvática y agreste de Santander, celebrada mediante ceremonia institucional cada domingo a las doce del día, hora en que Lengerke izaba la bandera del imperio y disparaba el obús para regocijo del pueblo; y en segundo lugar, en representación de su derrota, cuando, en su última ceremonia, sin darse cuenta, al disparar el cañón mata a la perra que había traído de Alemania en su último viaje.



2. *La consolidación*

Después de que se ha logrado la conquista de un bien, sea éste de cualquier naturaleza, se hace necesario consolidarlo, es decir, apropiarse efectiva y realmente de él. Aquí también resulta aleccionador Maquiavelo cuando aconseja que la mejor forma de conservar, para el caso del Príncipe, los estados, es residir en ellos y esto es exactamente lo que hace Lengerke. Funda inicialmente a Vado Hondo, su centro comercial y plataforma de lanzamiento, y una vez que ha prosperado comienza la búsqueda de otras fuentes de poder. Claro está que su naciente imperio se hace posible



gracias a dos hechos centrales: las alianzas con el estado, fundamentalmente, y la apertura de caminos.

- *Las Alianzas*

Lengerke, desde un comienzo, sabe que sólo será posible establecerse y prosperar en la medida que inicie relaciones con el estado, con quienes detentan el poder económico y en último lugar pero de capital importancia, con sus “súbditos”. Para las primeras, las credenciales traídas de Alemania fueron de gran utilidad; para las segundas, lo fueron la ostentación del dinero y de los codiciados artículos europeos, así como la fundación de la casa de comercio; para las terceras, la virtud y la prudencia, condiciones básicas de todo “príncipe”, según Maquiavelo, resultaron suficientes para ganar el afecto y el respeto de los humildes pobladores de la región. Estas relaciones que él se encargará de mantener y reforzar a lo largo de su “gobierno”, son las que finalmente le permiten ejercer un poder bastante amplio, cuyos signos evidentes pueden verse en la violencia que aplica sobre los indígenas, y en las presiones que sobre el gobierno federal realiza cuando el negocio de la explotación de quina presenta inconvenientes.

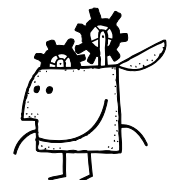
- *Los caminos*

Geo tenía la capacidad de visionar lo que las rocas y la selva guardaban

celosamente dentro de sí. En dicha capacidad residía su fuerza, su genio, su poder, en intuir lo que escondía la callada piedra, en vislumbrar lo que otros no lograban, en la habilidad de olfatear cuál era el lugar exacto y conveniente para hacerle *otra raya al tigre*.

El alemán *había soñado los caminos* que le facilitarían definitivamente el establecimiento de su imperio. Así se imaginó el camino que de Zapatota conduciría a San Vicente, el que comunicaría la provincia con el Magdalena, con Barrancabermeja, Puerto Santander... caminos que además le permitirían exportar e importar en muy corto tiempo las mercancías hacia y desde Europa.

El camino y los puentes que se ramificaban como hilos comunicantes entre este su nuevo mundo y su adorada Europa, servirían para reunir su imperio, para transportarlo de un lugar a otro de sus dominios cada vez más extensos. Pero lo que para Geo constituía un acercamiento y un triunfo, para los indígenas era el cercenamiento y la derrota. *Los blancos vienen a tomar las tierras de los indios. El camino es el enemigo* (p.113). Lo que para Lengerke significaba vida para el indio significaba muerte; *cada camino era el cambio, era despertar en otra vida las regiones dormidas* (p. 79), cambio buscado y deseado por el ale-



mán, temido y odiado por el indio, regiones de sueños para el conquistador y de pesadillas para el nativo; cara y cruz, luz y sombra, alegría y llanto, dominio y sometimiento.

3. *La expansión*

Von Lengerke, después de establecerse como comerciante, se convierte en hacendado, plantador de tabaco y cacao, propietario de grandes extensiones de tierra, de trapiches y plantas para centrifugar azúcar, de instalaciones de moler café y pilar arroz, de un enorme aserrío, contratista del Estado para la construcción de caminos... extendiendo su dominio sobre una vasta extensión, con lo cual aumenta su poderío, al tiempo que hunde cada vez más profundo las raíces que ha echado en esta tierra.

- *El imperio*

Después de Vado Hondo, primera señal de una gran fortuna, que le permitirá a Geo edificar su imperio, vendrá la gran obra, su castillo medieval, Montebello. Ubicado estratégicamente, desde allí se podía divisar todo Santander y el río Magdalena, *era el punto desde el cual, como del centro feudal de su vida, podía salir a buscar los caminos [...] era el ombligo genial del cual se desprendían los caminos y sus aventuras...* (p. 80).



Es interesante anotar que no resulta casual que se utilice la compara-

ción de esta casa de hacienda con el feudo europeo, símbolo de poder de la vetusta Europa, pues efectivamente su ubicación, estructura y función fueron pensadas desde la perspectiva del dador y protector, pero también omnipotente señor feudal. El pueblo de trescientas casas que se construyó alrededor de Montebello *no parece artificial sino más bien como uno de esos pueblitos medievales que se formaban en torno a los castillos y las catedrales* (p. 93).

Montebello, sitio de dominación, punto de referencia, refugio, amparo y protección de los amigos, de los elegidos; casa del señor prodigador de bienestar; sitio del encuentro del amor, la guerra y la vida; *sitio de encuentro del pasado y el futuro*, es el monumento palpable del poderío, es el centro desde el cual se tienden los hilos no siempre visibles del poder, es la fortaleza desde donde se decide el futuro, desde donde se rigen los destinos y la vida de los otros, es la imagen real del imperio. Y como todo imperio requiere su séquito, su cohorte, Lengerke constituyó el suyo. Las interminables cabalgatas de maravillosos extranjeros no faltaron para ninguna ocasión especial, tanto para las celebraciones como para sus conquistas de nuevas tierras. Es fácil imaginar el embrujo que ejercieron estos hombres y mujeres altas

y rubias, montadas no sobre las pobres mulas, tesoro de los campesinos, sino sobre briosos alazanes, imponentes por su esbeltez y majestuosidad, sobre los habitantes de unas tierras que guardaban el recuerdo de dioses venidos del cielo montados a caballo, en tiempos remotos. La señal no podía ser menos que premonitoria, allí estaban, después de mucho tiempo, otra vez los conquistadores, los que lo podían todo y a los que les era permitido, igualmente, todo.

El imperio estaba edificado: feudo, castillo, príncipe, séquito, súbditos.

- *La riqueza*

La riqueza siempre ha sido el rostro más apetecido del poder, pareciera que no puede existir el uno sin el otro; eso sí, ambos requieren hacerse visibles tanto para deslumbrar, incluso hasta el punto de la reverencia como para subyugar a través del temor y el respeto. El castillo fue decorado con gran pompa y ostentación. Las estatuas que adornaban la sala, los numerosos cuadros de escenas cosmopolitas, el gran piano que viajó por varios años, el fino brandy que derrochaba en sus banquetes, su impecable figura de cuidado estilo europeo, las ceremonias domingueras del obús, sus cuantiosas donaciones a la iglesia a pesar de no profesar ninguna fe, no son

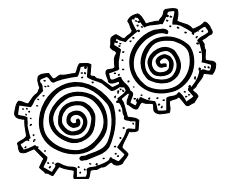
más que expresiones bastante evidentes de una fortuna que se sustentaba en sus también numerosos negocios, desde el comercio hasta la explotación de quina.

4. *La decadencia*

No basta edificar un imperio sino se tiene cuidado en destruir al enemigo, arruinándolo o aniquilándolo (otro consejo de Maquiavelo para su príncipe Lorenzo de Médicis). Si no se hace ninguna de las dos cosas se comete el peor error, porque es muy posible que el enemigo ataque y venza. Lengerke, al hacer caso omiso de esta regla de oro, fabricó su propia ruina.

El ocaso del alemán comenzó cuando concentró todo su esfuerzo y fortuna en el negocio de la quina. *Como todo lo que produce oro, el árbol de la quina se transformaba en árbol de la muerte* (p. 233). La fuerte y desleal competencia de otro “príncipe”, Cortissoz, aliado y socio de su poderoso y antiguo enemigo, David Puyana, determinaron en gran medida la ruina del alemán.

David Puyana, “príncipe” de gran poder, competidor en todos los negocios de Lengerke, “dueño” de la única mujer, Manuela, que no pudo obtener éste, fue quien asestó el golpe final y precipitó el declive del imperio alemán, el ocaso de



su fortaleza. Todos los signos de la decadencia, el deterioro físico de Geo, su creciente afición al alcohol, su empeño en ganarle la guerra a Puyana en el negocio de la quina, la nostalgia siempre viva por Manuela, el desmoronamiento de su fortuna, el cansancio de un viaje largo e ininterrumpido, fueron los primeros signos claros de que *el lomo rayado del tigre iba desapareciendo en la noche*. El conquistador alemán, y con él su imperio, se esfumó de la misma manera que apareció, como un fantasma venido de otro mundo.

El poder puede expresarse de muchas maneras y tomar diferentes rostros – Geo von Lengerke es sólo uno posible entre muchos- pero su esencia, revelada por Maquiavelo hace ya más de cuatro siglos, permanece incólume. Tal vez sea esto lo que finalmente, y de manera simbólica, expresa La Otra Raya del Tigre, significado por lo demás bellamente sintetizado por el narrador cuando afirma que *La humanidad repite los gestos, las tragedias, las sonrisas [...] pero las muertes son, pese a todo, individuales* (p. 207).

BIBLIOGRAFIA

CASSIRER, Ernst. *Antropología filosófica*. Bogotá: FCE-colección popular, 1993.

———. *El mito del estado*. FCE-colección popular, 1996.

ECO, Humberto. *El signo*. Barcelona: Ed. Labor S.A., 1988.

GARAGALZA, Luis. *La interpretación de los símbolos*. Barcelona: Anthropos, 1990.

GOMEZ V. Pedro. *La Otra Raya del Tigre*. Colombia: Editorial oveja negra, 1983.

GUBERN, Roman. *La mirada opulenta. Exploración de la iconosfera contemporánea*. México: Ed. Gustavo Gili, S.A., 1992.

JUNG, Karl G. *El hombre y sus símbolos*. Madrid: Aguilar ediciones S.A., 1996.

MAQUIAVELO, Nicolás. *El Príncipe y otros escritos*. Ed. Universales. Versión de Esteban Motist Pol.

